

cialmente, había alcanzado tal grado de "piedad suprema", que perdonaba hasta a los tiranos, a los feroces exterminadores de pueblos, a los monstruos. Y su justificación de Torquemada, que quemaba por amor, para purificar a la criatura y darle en cambio de un dolor pasajero la eterna bienaventuranza, constituye, además de una obra de arte incomparable, el punto culminante de la excelencia moral de Hugo. Dió al alma humana un profundo estremecimiento de compasión: la filantropía, que es la aurora confusa y vaga del socialismo, como práctica social, coincide con su predicación lírica de la bondad. Su noble clamor en pro de los débiles, penetrando las almas, influirá en los códigos, y porque un poeta cantó, el mundo será mejor.

Por una razón paralela, considero yo eminentemente fecunda la acción política de Hugo. Hugo no era en su tiempo un hombre de Estado como Turgot: Hugo es el bardo de la democracia. No le corresponde organizarla, sino anunciarla. Dice en un radiante lirismo el advenimiento del Reino del Hombre, y su voz rítmica llama hacia él las